

carta llena de apasionada ternura. Continuaban las luchas siempre en el seno de la familia de Rozán; Camilo sin embargo había conseguido el apoyo de algunos parientes; había enternecido á otros; había ganado en fin algún terreno: progresaba.

Esta segunda carta la recibió Carmelita con la misma indiferencia que la primera: leyó todas aquellas líneas llenas de fuego sin conmoverse en lo más mínimo; cuando llegó á la última línea, cerró la carta y la puso sin afectación pero con un desprecio glacial sobre la chimenea.

Muy tentado estuvo Colombán de valerse de aquella circunstancia para interrogarla; pero la encontró á través de aquella aparente frialdad tan calenturienta, tan febril, tan agitada, que tuvo miedo de doblarla con solo tocarla, como á la sensitiva.

Renunció, pues, por el momento, á hacerle ninguna pregunta, y se contentó con buscar, pero inútilmente, como sucedía hacía ya tres meses, la causa de aquel inexplicable mal estado enfermizo.

Transcurrió así un año.

Colombán, por no dejar á la joven sola, escribió á su padre que le retenía un deber en París, y que no tendría la dicha de irle á visitar aquel año durante las vacaciones.

Por lo demás, aquel año, en vez de caminar lento como un año de ausencia, había transcurrido con una rapidez extraordinaria en una serenidad inefable por parte de Colombán, en una admiración apasionada y un remordimiento constante por parte de Carmelita.

Una noche que estaban reunidos como de costumbre en casa de Colombán (el 23 de Octubre justamente, aniversario de la marcha de Camilo), emitió el bretón una opinión

apoyada pura y simplemente en la lealtad que suponía en el criollo, de que cumpliendo éste de allí á un mes sus veinticinco años, iba incontestablemente á volver para casarse, con el consentimiento de su padre, ó sin él.

Carmelita entonces sacudió la cabeza de aquella manera significativa que había alarmado ya muchas veces al bretón, sin que comprendiese sin embargo el sentido positivo de ello; lo que le hubiera alarmado mucho más.

Aquella vez resolvió pedir á la joven una explicación.

— Carmelita, le dijo, hoy hace un año que ha marchado nuestro amigo; hoy hace un año que á las seguridades que os daba del próximo regreso de Camilo, habéis sacudido tristemente la cabeza como en este momento... He buscado inútilmente la causa de esta desaprobación tácita, y no pudiendo comprenderla, os suplico que me la digáis lealmente como yo os la pregunto.

— Todo es serio con vos, Colombán, respondió Carmelita; y como sois la razón suprema, queréis que la razón de todo venga en cierto modo de vos. Pues bien: ese movimiento de cabeza, amigo mío, es una fórmula de mi incredulidad... Yo no tengo vuestra adorable confianza, porque no tengo vuestra perfección casi divina. He dudado del regreso de Camilo desde el momento en que marchó; ¡ha transcurrido un año, y dudo más que nunca!

— ¡Oh! os engañáis, Carmelita, exclamó Colombán: no conocéis las preocupaciones de las familias americanas. Ese es el único impedimento del regreso de Camilo; estad segura de ello; Camilo combate esas preocupaciones: bajo una apariencia frívola tiene un corazón honrado y recto, y siento, Carmelita, que habiendo tenido ocasión de apreciarlo no os haya quedado de su buena fe una certeza firme.

Carmelita suspiró.

— Vos, Colombán, dijo la joven, sois el que tenéis un corazón de oro; vos quien doquiera veis el bien, porque lo tenéis en vos mismo. Me decís que he tenido ocasión de apreciar á Camilo... Sí, amigo mío, le he apreciado, y por esa misma razón os vuelvo á decir: « Camilo no volverá. »

— ¿ Pero qué puede haberos dado esa injuriosa creencia, Carmelita ?

— Nuestra vida de tres meses, durante la cual le he comprendido sin interrogarle, durante la cual le he comprendido sin estudiarle... Se vive veinte años con un amigo, sin que este amigo os conozca, mientras que con una mujer hay ciertas horas en que se revela, ciertos momentos en que se descubre: el abandono que resulta de la intimidad nos obliga á deponer la máscara; así es como he sorprendido el verdadero carácter de Camilo... No quiero tratarle mal estando ausente y delante de vos; pero resulta para mí de ese conocimiento que he adquirido, una frialdad que se ha cambiado primero en disgusto, y después poco á poco se ha tornado en desprecio. Que Camilo me ame de cierta manera no lo negaré; me profesa un poco de esa amistad medrosa que el mal estudiante profesa á su maestro. Le domino más bien que le conmuevo, y más satisfecha está su vanidad con poseerme, que feliz es su amor... No niego que en el momento de dejarme, en el sentimiento de la partida, en el sacudimiento de la separación, no hubiese tenido intención de volver: habituado al amor fácil de ciertas mujeres, se ha asombrado, hasta irritado secretamente al encontrar en mí un obstáculo de todos los días, una resistencia de todos los momentos; me ha sorprendido, pero nunca me ha poseído; y esa lucha

que sostiene á dos mil leguas de nosotros, le tiene, en el fondo, siempre sin alimento; pero creedme, amigo mío, soy para Camilo el precio de una victoria: esto es todo; y no el objeto de una adhesión seria.

Colombán miró á la joven con profunda tristeza.

— Carmelita, dijo, ¿ no amáis ya á Camilo ?

— Nunca le he amado, respondió la joven orgullosamente, como si aquellas dos palabras hubieran debido justificarla.

— ¡ Oh ! ¿ no digáis eso, Carmelita ! dijo el bretón con dulzura.

— Aseguro ante Dios, replicó solemnemente Carmelita, que digo la verdad. Colombán, nunca he amado á Camilo.

— Y sin embargo... repuso vacitando el joven.

— Y sin embargo, he sido vencida... Es eso lo que queréis decir; ¿ no es verdad, amigo mío ? Pues bien; sí, he sido vencida, pero no por mi debilidad; no por la fuerza de Camilo; lo he sido por un poder desconocido más grande que el mio; por un poder misterioso más grande que el suyo; ningún esfuerzo hizo para conducirme á la caída, como os ha dicho á fin de disculparse por haber faltado á su juramento; pero aguardó friamente la ocasión; y esto es lo que le acrimino; esto es lo que hace que suba á mi frente, no el rubor del pudor, sino la llama de la vergüenza, de la cólera y del desprecio.

— ¡ Oh ! ¿ callad, Carmelita ! dijo Colombán poniendo la mano sobre los ojos, como si el cerrar los ojos le hubiese impedido oír á la joven, así como impedía verla.

— Y, continuó Carmelita arrebatada por la resbaladiza pendiente en que se encontraba, ¿ queréis que os diga la verdad entera, Colombán ?

— ¡ Oh ! ; no, no ! ; nada quiero oír ! exclamó el bretón.

— ¡ Entonces para qué me habéis preguntado ? replicó ella casi amenazadora.

— ¡ Hablad pues !

— Pues bien ; conoceréis mi dolor en toda su extensión, mi falta en toda su profundidad, cuando sepáis que aquella noche del triunfo de Camilo no era á Camilo á quien cedía.

— ¿ Pues á quién ? preguntó Colombán.

— Á un fantasma de mi imaginación, á un sueño de mi corazón ; Camilo no ha sido más que el delegado de la desgracia á quien se llama fatalidad.

Fijó Colombán sobre Carmelita su mirada límpida como la luz.

— Carmelita, dijo, no os comprendo.

— ¡ Oh ! Colombán, era una noche hermosa, una noche feliz como aquella en que fuimos á arrancar el rosal al pie de la tumba de la pobre La Valliere.

Y levantándose lentamente, salió del pabellón y subió á su cuarto, mientras que Colombán la seguía con la vista, casi deslumbrado por el primer rayo de luz que bajaba hasta su corazón, y murmuraba :

— ¡ Oh ! ; Dios mío, Dios mío ! ; ¿ hubiera podido amarme, puesto que no amaba á Camilo ?

CAPÍTULO VI.

DONDE CADA CUAL COMIENZA Á VER CLARO, NO SÓLO EN SU PROPIO CORAZÓN, SINO TAMBIÉN EN EL DEL OTRO.

Desde aquel día, las relaciones de los dos jóvenes, de sencillas y familiares que eran, se hicieron frías y compasadas.

Carmelita comprendía que había dicho demasiado á Colombán.

Colombán temía haber oído mal.

Creía siempre en el regreso de Camilo ; pero se mostraba reservado con Carmelita ; huía todas las ocasiones de entablar conversación sobre el asunto delicado de que la joven casi había hecho una confesión.

La idea de que amaba cada día más á Carmelita, que cada día aumentaba su pasión, asustaba á Colombán.

¿ Qué hubiera pues sucedido si hubiese tenido certeza de que Carmelita le amaba ?

Hubiera dejado á París en el instante mismo, y hubiera regresado á Bretaña.

Pasaban los días, las semanas y los meses aguardando, y no llegaba el consentimiento del padre de Camilo ; continuaban recibiéndose cartas del criollo, cartas en que se pintaba la ternura más viva, algunas veces hasta la más ardiente pasión ; pero esto era todo.

Una mañana se recibió una carta de su hermano.

Camilo había caído peligrosamente enfermo.

Carmelita supo aquella noticia con casi tanta indiferencia como las otras.

La enfermedad duró tres meses.

Todos sabemos lo que son las emociones de la convalecencia, después que la enfermedad con su mano febril y descarnada nos ha mostrado entreabiertas las puertas del sepulcro.

Las primeras palabras, ó más bien los primeros gritos de alegría, son himnos de reconocimiento al Dios salvador, á la familia, á los amigos á quienes se ama, y aun á los que se ha amado; los malos sentimientos se extinguen, los buenos crecen; diríase que la fiebre, arrebatando todos los miasmas pútridos del cuerpo, ha desarraigado al mismo tiempo todas las plantas parásitas del alma; el corazón se convierte en una tierra virgen y fecunda que se cubre de flores nuevas y que no exhala más que perfumes. Una grande enfermedad es una especie de estación entre la vida y la muerte, una ocasión de reposo forzado, en que el alma, enteramente desprendida de la materia, se cierne libremente por encima de las pasiones humanas, como esos francmasones roscroas ó iluminados, que habitaban las cumbres de las montañas para entretenerse ó conversar más directamente con el espíritu de Dios.

La habitación del convaleciente es un claustro en el que se ha operado la metamorfosis del viejo Esón: el hombre antiguo ha desaparecido, el nuevo se recoge en sí, y medita; los malos se hacen buenos, y los buenos mejores.

El convaleciente que vuelve á la vida se parece al niño que nace: todo es alegría, luz, frescura y encanto en derredor de él; tiende los dos brazos á cualquiera que ve como á un antiguo amigo; su ternura, mucho tiempo contenida, tiene el ímpetu y la rapidez del torrente, que rompe su dique y ninguna barrera puede contenerle.

De modo que ante esta magnífica y rápida efusión, los parientes, los amigos, hasta los simples espectadores se detienen temiendo entorpecerla, y están dispuestos á prometerlo todo, libres más tarde para no tener cosa alguna.

¿Cuál es entonces el corazón paternal que puede rehusar al niño el juguete que desea, y hacia el cual tiende los brazos llorando?

Así fué como Camilo recibió de su padre y del resto de su familia, en el momento en que entraba en convalecencia, la promesa de que nada se opondría en adelante á su matrimonio con Carmelita; y este fué el tema que parafraseó en la carta que escribió á sus amigos, bajo el imperio de aquella convalecencia todavía febril. Su carta, henchida de un ardor nuevo, debido á la exaltación del momento, era una obra maestra de amorosa pasión, y el buen Colombán la presentó á Carmelita con los ojos llenos de lágrimas, diciéndole:

— ¡Ved, Carmelita, cómo no me he engañado!

Pero para Carmelita no fué lo mismo: dedujo todos los términos apasionados de la carta, de los arrebatos producidos por la fiebre, y se negó á ver otra cosa en aquella epístola que ese espectro solar de vivos colores, hijo efímero de la tempestad, y que desaparece con ella. Por otra parte, ya no se trataba de conocer en su justo grado el amor que Camilo podía sentir por ella. Si debiera volver á caer en una fiebre como aquella de que acababa de salir, Carmelita no hubiera dado un paso por salvarle; tal vez no hubiera tenido la sangre fría del verdugo, pero hubiera tenido el valor del juez, y dentro de sí misma pronunció irrevocablemente su sentencia.

La mayor alegría de la joven hubiera sido no volver á

recibir más cartas del criollo, no oír hablar más de él, olvidar hasta su nombre.

Amaba á Colombán con todo el poder de su corazón, con toda la fuerza de sus pesares, con toda la grandeza de sus remordimientos. Cuando le vió tan triste á la vez y tan orgulloso con la lealtad de su amigo, experimentó un deseo casi irresistible de arrojarle al cuello de Colombán y confesarle su amor; pero la frente severa del joven la contuvo y la obligó á volver á entrar en sí misma.

Aquel amor que de ella se apoderaba cada día más, no era ya amor: era más que eso; era la adoración que inspira un ser superior, casi divino.

Si cuando ella le miraba á hurtadillas y le devoraba con los ojos, Colombán hubiera sorprendido una de aquellas miradas, por más sencillo y modesto que fuese el bretón, se lo hubiera dicho todo aquella mirada.

Y sin embargo, aquel embarazo que experimentaban los dos cuando estaban uno enfrente de otro, tenía momentos de inefable dulzura.

Cuando Colombán leía (casi siempre alguna oda de Hugo ó algún poema de Lamartine) Carmelita, que le miraba y le escuchaba leer, se inclinaba, se extendía, se acostaba poco á poco en el sofá cobijando al joven con su mirada, y semejante á una joven leona pronta á lanzarse de un salto sobre el león, objeto de sus poderosos amores.

Cuando Carmelita cantaba sea el *Pria che spuntí l'aurora* del maestro napolitano, sea la *Fiebre ardiente* de Gretry, Colombán cesaba de respirar, escuchaba como en éxtasis, y miraba, por decirlo así, subir cada una de las notas brillantes semejantes á los cohetes que nacidos en la tierra van á desplegarse y extinguirse en el cielo. Él, por su amor tímido y respetuoso, parecía ser la mujer, y hubiera dado

su vida, no ya por besar los labios de Carmelita, sino tan sólo por aspirar el aliento divino, la celeste armonía que de ellos se escapaba.

Se daban las buenas noches á las doce ó la una de la mañana: entonces Colombán volvía á su pabellón: detrás de él cerraba Carmelita ó aparentaba cerrar la puerta: después, apenas el ruido de sus pasos se había perdido en los últimos peldaños de la escalera, cuando la volvía á abrir, corría á la ventana del corredor, miraba al joven atravesar el jardín, y con los ojos en la luz que se transparentaba á través de los vidrios del pabellón, velaba á veces hasta el día como aquella luz consumiéndose como ella en su amor devorador, y no retirándose hasta que la luz no se apagaba.

Algunas veces la llevaba más lejos aquel mismo ardor febril. En las hermosas noches de verano en que sólo las estrellas iluminan la tierra, ó más bien permiten distinguir las tinieblas, bajaba de puntillas, entraba temerosa en el jardín, se internaba en algún bosquecillo y hacía alto un instante; después, como las hadas, como esas ondinas cuya sombra se escapa del sepulcro para venir á vagar en torno de la morada del hombre á quien han amado durante su vida blanca y quejumbrosa, Carmelita daba vueltas en torno del pabellón de Colombán.

Algunas veces también el joven, movido por un sentimiento semejante, abría su puerta, salía aspirando el aire con todo su pecho é iba á sentarse sobre aquel banco de césped en que se había sentado aguardando á Camilo el día que había vuelto de Bretaña. Allí permanecía inmóvil con los ojos fijos en la ventana del corredor, por la que le parecía sin duda que su mirada penetraba hasta la habitación de Carmelita.

Entonces Carmelita se aproximaba lenta, dulcemente

de árbol en árbol conteniendo el aliento; le miraba con ojos que despedían llamas á través de la obscuridad, y no se retiraba hasta que él volvía á entrar, ignorando que semejante á un fuego fatuo, el alma de la que tanto amaba había vagado en derredor de él durante una hora.

Una noche de invierno en que la tierra estaba cubierta de un blanco tapiz de nieve, y que no habiéndose atrevido á salir por temor de dejar la huella de sus pasos sobre el mantel blanco y acolchado, estaba Carmelita en pie á la ventana de su corredor con los ojos fijos en la luz de la lámpara de Colombán, sin que la inquietase ni el frío ni el calor (porque el fuego no hubiera calentado sus manos, ni la nieve hubiera refrescado su frente); una noche de invierno pues, vió abrirse la puerta del bretón; y que éste, saliendo de puntillas, como ella hacía tan frecuentemente, se dirigía hacia el lado de la casa, donde desapareció.

El primer movimiento de Carmelita fué huir á su habitación.

Pero la curiosidad la detuvo. Por otra parte, el ruido que había de hacer al abrir y cerrar la puerta, hubiera denunciado su presencia.

Envolvióse pues en la cortina de la ventana y aguardó.

El sonido de los pasos anunció que Colombán subía la escalera; y al cabo de algunos segundos, en efecto, apareció su sombra en el alto de las gradas, y avanzó lentamente hacia el corredor.

Apoyábase el joven en la pared opuesta á la de la habitación de Carmelita y parecía que temblaba de miedo de ser oído.

Una vez llegado á la puerta de Carmelita, se detuvo; y arrimándose de espaldas á la pared, permaneció conteniendo el aliento y en la actitud de la contemplación, como

si hubiera podido ver á través de aquella puerta cerrada.

De vez en cuando su mano colocada sobre su corazón, se destacaba de su pecho, y apoyándose en sus ojos, parecía enjugar lágrimas.

Esto fué una revelación para Carmelita. ¿Qué venía á buscar Colombán delante de su puerta, sino lo que ella iba á buscar delante de la de él con tanta frecuencia? ¿Qué lágrimas podía él derramar más que las lágrimas ardientes del amor, las lágrimas amargas del pesar?

Y en efecto, pronto los silenciosos quejidos de Colombán se tornaron en sollozos.

Carmelita puso sus dos manos sobre su boca para impedir que pasase hasta su aliento; porque conoció que el grito « ¡te amo! ¡te amo!» iba á escaparse de sus labios.

Pero al mismo tiempo se repetía á sí misma cien veces por minuto con una voz tan apresurada como los latidos de su corazón:

¡ Bendito sea Dios! ¡ me ama! ¡ me ama!

¡ Oh! ¡ qué loco deseo tenía la joven de ir y arrojarle á su cuello y abrazarle furiosamente! Pero la grave figura del bretón se le apareció de repente en el pensamiento; y su voluntad contuvo á su deseo, como su mano había cerrado su boca.

En efecto, Colombán podía muy bien confiar á la noche misteriosa sus tristezas, sus pesares y su amor; podía muy bien quejarse á la soledad, á la que él creía muda y ciega, del rigor del deber que cumplía; pero de allí á hollar con los pies ese deber y á confesar en voz alta aquel secreto que sus lágrimas descubrían por lo bajo, había un abismo intransitable.

Resolvió pues Carmelita saborear interiormente aquella

alegría inesperada, inefable, infinita, pero sin dejar que se percibiese exteriormente.

Permaneció así Colombán una hora poco más ó menos ; en seguida se arrodilló, y besando el umbral de la puerta, se levantó lanzando un suspiro y se alejó lentamente.

Signióle Carmelita con la vista hasta que entró en el pabellón, y sólo entonces lo que había murmurado en voz baja se atrevió á decirlo en voz alta :

— ¡ Bendito sea Dios ! ¡ me ama ! ¡ me ama ! ¡ me ama !

CAPÍTULO VII.

LAS ALMAS ASÍNTOTAS.

Pasó Carmelita una noche feliz, una noche que sólo podía compararse á la noche de primavera en que había ido con Colombán á arrancar su bello rosal, cuyas raíces habían crecido entre las piedras de un sepulcro.

Así pues, ¡ Colombán la amaba !

Aquel ser grave y fuerte, cuyo solo aspecto inspiraba á la joven tanto temor, sentía las tiernas emociones, las infantiles debilidades del amor.

Sólo que, diferente de los demás hombres, tenía el pudor de sus ternezas y guardaba en sí mismo el inefable secreto de ellas.

Aquella revelación del amor del bretón refrigeró el corazón de Carmelita como una lluvia abundante refresca una llanura seca, y desde el día siguiente vió Colombán renacer la antigua alegría de la joven sin conocer la causa de aquel renacimiento.

En adelante sus horas estaban llenas, tan llenas, que los días le parecían demasiada cortos y las noches demasiado largas.

Ya no pasaba su vida al azar ; tenía un objeto.

Desde aquel momento, la felicidad (que sólo entra en casa por sorpresa, por decirlo así, y como un extranjero que se extravía, y sabiendo que equivoca la puerta, tiene siempre un pie levantado y pronto á huir), desde aquel momento, decimos, se instaló la felicidad atrevidamente, ora en la habitación de Carmelita, ora en el pabellón de Colombán, y algunas veces, hasta en los dos puntos á la vez, en la habitación y en el pabellón.

Y sin embargo, aquella doble felicidad no procedía del mismo origen, y sobre todo no se manifestaba de la misma manera.

Colombán experimentaba un encanto indefinible en amar tácitamente á la joven ; tenía para con ella algo de esa piedad apasionada de los antiguos cristianos á su Madona, una afección que tenía mucho más de respeto y de necesidad de adorar, que de amor y deseo de poseer, ó que más bien tenía á la vez amor y adoración.

Toda su felicidad consistía en encerrarse en su casa (porque delante de ella temblaba), en recogerse con la mano sobre los ojos, en aislarse del mundo entero, y desde las alturas de su recogimiento ver desplegarse ante su vista mil felicidades inefables, como desde la cumbre de una montaña se ven las praderas esmaltadas de flores, las llanuras llenas de ricas mieses.

Pero en medio de aquella alegría, de aquella felicidad, de aquella adoración, tenía su décima el dolor, casi diremos el remordimiento : veinte veces, durante la noche, la conciencia de Colombán le había despertado con un dolor

agudo en el corazón; era la mordedura del remordimiento.

La sombra llorosa de Camilo vendido salía de la ausencia como un espectro sale de la tumba, y venía á enderezarse á la cabecera de su lecho; entonces Colombán estaba pronto á levantarse y marchar á arrojarle á los pies de Carmelita para confesarle su amor, no como la confesión de una alegría, sino como la de un crimen.

Por su parte, Carmelita, veinte veces (pero ella sin remordimiento), veinte veces Carmelita, segura de ser amada, había franqueado el umbral de su habitación con resolución bien decidida de ir adonde estaba Colombán y decirle: « ¡ Me amas, Colombán !... ¡ Yo también te amo ! »

Si se hubiesen encontrado los dos en uno de estos momentos, seguramente sus labios habrían descubierto el secreto de su corazón.

Pero andaba cada cual una parte del camino, y tirado hacia atrás por el pudor, retrocedía.

En una palabra, semejantes á lo que se llama en geometría *líneas asintotas* (de las que hemos tomado el título de este capítulo), líneas que eternamente se aproximan y se costean, y que aunque se prolonguen hasta el infinito, nunca se reúnen; sus almas inflamadas y llenas de amor, se aproximaban, se costeaban eternamente sin encontrarse jamás.

Y sin embargo, aquella felicidad, contenida en el corazón y que se aumentaba todos los días, todas las horas, todos los instantes, debía desbordarse bien pronto.

Una mañana, Carmelita, después de una noche pasada en un insomnio febril, vió á Colombán que se había separado de ella á medianoche, que entraba en el cuarto donde ella estaba, más pálido, pero más risueño que de costumbre.

Comprendió la joven que por último, aquella vez había triunfado el bretón de sus escrúpulos, que había tomado una resolución y que iba á decirse todo.

Levantóse alegre, fué hacia él, y le atrajo cerca de ella sobre el sofá.

Pero en el marco de la puerta, que había quedado abierta, apercibió la silhueta de la jardinera, que tenía una carta en la mano.

— Señorita, dijo Nanette; una carta del M. Camilo.

Lanzó Carmelita un pequeño grito agudo, llevando la mano al corazón.

Colombán dejó caer hacia atrás su cabeza pálida.

Viendo la jardinera que ninguno de los dos jóvenes la respondía, colocó la carta sobre las rodillas de Carmelita.

Ésta fué la que primero volvió en sí; era, si no la más fuerte, al menos la más determinada de los dos.

Todas las iniciativas procedían de ella.

Lanzó un suspiro, sacudió la cabeza, abrió la carta, y la leyó: después, sin pronunciar más palabra que ésta: « ¡ leed ! » pasó la carta á Colombán con los ojos fijos en el rostro del joven.

Hubiérase creído que Colombán no podía palidecer más, y sin embargo, su palidez aumentó aún.

La primera vez leyó en voz baja, y la segunda en alta voz las tres líneas siguientes:

« ¡ Querida Carmelita !

» Al fin he obtenido el consentimiento de mi padre, de mis tías y de toda mi familia, y el siete del mes próximo estaré en París.

» CAMILO. »

Nunca un condenado, al leer por sí mismo su sentencia

de muerte, quedó más anonadado ni más tembloroso que Colombán, leyendo por segunda vez y en voz alta la carta de su amigo.

Carmelita, apoyada sobre el respaldo del sofá, le miraba profunda, ardientemente, aguardando que levantase los ojos.

Pero los ojos del joven, en vez de levantarse se cerraron, y entre sus cejas reunidas corrieron dos lágrimas.

— ¿Qué tenéis? le preguntó Carmelita con su voz más armoniosa, ¿por qué os causa semejante estupor el regreso de vuestro amigo?

— ¡ Ah ! ; Carmelita ! ; Carmelita ! dijo el bretón, no me interroguéis.

— ¿ Por qué estáis tan pálido, Colombán, por qué lloráis ? continuó Carmelita.

— Porque me muero, Carmelita, exclamó el joven desgarrando su chaleco como si se ahogase.

— Y os morís, Colombán, prosiguió despiadadamente la joven, porque me amáis, ¿ no es verdad ?

— ¡ Yo ! exclamó Colombán volviendo á abrir sus espantados ojos ; ¡ yo ! ¿ os amo ?...

— Sí, respondió sencillamente Carmelita. ¿ Por qué no ? Yo también os amo mucho.

— ¡ Callad, callad, Carmelita !

— ¡ Oh ! dijo la joven, ¡ hace bastante tiempo que me callo y vos también ! Hace bastante tiempo que alimentamos en nuestro corazón esa víbora que le devora.

— ¡ Carmelita ! exclamó Colombán, ¡ soy un miserable !

— No, Colombán, sois un gran corazón, mucho tiempo victorioso, ahora vencido.

— ¡ Oh ! ; Carmelita ! ; Carmelita ! balbuceó Colombán, ¿ me perdonaréis ?

— ¿ Y qué haría yo con perdonaros, puesto que os amo, puesto que siempre os he amado ?

— ¡ Silencio, Carmelita ! interrumpió Colombán, ya lo habíais dicho y yo había tenido fuerza para no oiros.

— Entonces, replicó Carmelita con una especie de furor, lo repito : ¡ Os amo, Colombán ! ; os amo ! ; os amo !

— ¡ Carmelita ! ; Carmelita ! os oigo, y vuestro aliento me abrasa, vuestras palabras me devoran.

Libertóse en virtud de un esfuerzo de aquella fascinación, y alejándose vacilante de Carmelita :

— ¡ Hermana mía ! ; hermana mía ! dijo, nuestra falta es igual : pidamos á Dios, para expiarla, la misma fuerza y la misma resignación.

— ¡ Á qué llamáis resignación, amigo mío ?

— Me comprendéis perfectamente, Carmelita.

— No, á fe mía, no os comprendo, ¿ Queréis acaso decir que me casaré con Camilo ?

— ¡ Es preciso !

— ¿ Qué, me casaré con Camilo con el amor que os profeso en el corazón, y conociendo el que vos me profesáis ?

— ¡ Es preciso ! ; es preciso ! exclamó Colombán con el acento de la desesperación.

— ¿ Y por qué es preciso ? decid, Colombán, preguntó la joven, ¿ ante quién pues soy responsable de mi amor en este mundo ? Soy sola, á Dios gracias, y por consiguiente único juez, y por consiguiente, suprema apreciadora de mi conducta.

— Os equivocáis, Carmelita : la sociedad es la apreciadora de vuestra conducta, y Dios vuestro juez supremo.

— ¿ Y cómo puede la sociedad (desearía que me explicaseis eso, Colombán), cómo puede la sociedad obligarme á

labrar la desgracia de dos hombres y la mía casándome con el que no amo, en detrimento del que amo? ¿Cómo puede Dios imponerme como un deber una acción que repugna, no sólo á mi corazón, sino también á mi conciencia? ¿He consultado las leyes de la sociedad cuando he faltado? ¿Cuando al deslizarme al borde del abismo en cuyo fondo me esperaban Camilo y el dolor, tendí los brazos á Dios llamándole á mi socorro, me ha detenido?

— ¡ Blasfemáis de Dios, Carmelita!

— ¡ No blasfemo de Dios, Colombán: os amo!

— Carmelita, no tomemos nuestros deseos y nuestros instintos por derecho y por deberes... ¡ Ved, ved adónde nos ha conducido eso!

— ¿ Un reproche, Colombán?

— ¡ Oh! exclamó el joven precipitándose á sus pies, ¡ Dios me castigue si he tenido semejante idea! Para mí, Carmelita, tenéis todas las pasiones de la mujer; pero estáis pura como Eva el día de su creación.

— ¡ Colombán! ¡ Colombán! dijo Carmelita volviendo á caer sobre el sofá y poniendo sus dos manos sobre la cabeza del joven, cuyo rostro apoyó así contra sus rodillas: dejó á un lado mis derechos y mis deberes, y no tomo consejos más que de mi corazón... ¡ Poco me importa ser responsable ante Dios y ante los hombres: sé qué responder á los hombres y á Dios, con tal que esté justificada ante vos, amigo mío!

— Y yo Carmelita, murmuró el joven medio vencido, ¿ pensáis que consienta nunca en olvidar el juramento que hice á Camilo? ¡ Y aun cuando no hubiese hecho ese juramento, pensáis que hubiese yo hecho traición á Camilo? ¡ Oh! hé aquí por qué os digo que es preciso pedir á Dios fuerza y resignación.

— ¡ Nunca! ¡ nunca! exclamó la joven con una vehemencia indomable.

— ¡ Carmelita! ¡ Carmelita!...

— ¿ Cómo queréis que pida á Dios, continuó, que me lleve (al quitarme mi amor para poner en su lugar la resignación, esa virtud inerte é infecunda) el elemento, el principio mismo de mi vida? ¿ No sabéis pues, que sin vos, sin vuestra presencia, sin vuestro amor, estaria ya muerta ó enterrada viva en un claustro? ¡ Ah! Había formado ese proyecto el día que marchó Camilo, lanzando al viento y al lodo las flores de nuestro pobre rosal; y merced á vos, merced al amor, á la vida que me habéis infundido, he renunciado á ese proyecto... ¿ Y queréis que olvide que sois vos quien me ha salvado, Colombán?

— ¡ Oh, y por eso Carmelita queréis que yo me pierda con vos!

— ¡ Es perderse, es sufrir, es morir, el morir, sufrir y perderse reunidos?

— ¡ Carmelita! ¡ en nombre del cielo!...

— ¡ Colombán, pensad en que no os olvidaré en este mundo, más que para ir á soñar con vos en el otro!

— ¿ Qué hacer entonces? ¿ qué hacer?

— ¡ Ah! os hacéis al fin razonable! dijo Carmelita, con una risa estridente que hizo pasar un estremecimiento por las venas de Colombán.

— ¿ Qué hacer?... Eso es... ¡ Oh! he pensado en ello hace mucho tiempo, en lo que nos quedaba que hacer.

— ¡ Pues bien, hablad, hablad! dijo Colombán siempre de rodillas, y cogiendo la cabeza entre sus dos manos, como si hubiera temido volverse loco.

— Sólo hay dos partidos que tomar, Colombán.

— ¡ Cuáles?